

« Ya sabéis, escribía Racine á su hermana la señora Rivière, que nuestra familia es muy extensa y que tengo muchos parientes á quienes ayudar de vez en cuando. » Esto hace reflexionar en lo rápidamente que desaparecen de la tierra las familias, pues de tan numerosa parentela no quedan en la Ferté-Milón, si hemos de dar crédito al señor abate de la Roque, descendiente de Racine, más que una sola familia, la de los Massón, que descienden de la señora Rivière, hermana de Racine. Por eso no he leído sin emoción en el respaldo de los bancos de aquella iglesia el nombre de la señora Massón. Este simple nombre de un descendiente de Racine me hacía creerme por el momento más cerca de él.

El día de la celebración solemne del aniversario de Racine, en la iglesia de Nuestra Señora de la Ferté-Milón, donde fué bautizado Racine, y donde cometió La Fontaine « la distracción de casarse » pronunció el elogio del gran trágico el abate Vignot, en períodos delicadamente pensados, en que el orador iba explicando ante un auditorio escogido presidido por el obispo de Soissons, la afinidad del genio de Racine con su país natal.

En la corte podía creerse aún en aquél mediodía que tanto le había chocado. El dux de Génova en la resplandeciente galería de los espejos se hallaba menos fuera de su lugar que aquella Musa con traje gris. ¿Quién le había enseñado aquellas elegancias?

Su verdadera patria se hallaba en otra parte. Ó mejor dicho, — evitemos que se nos tache de parcialidad, — toda naturaleza exuberante tiene varias patrias: Racine, tuvo tres. En primer lugar, Grecia á la que sólo conoció por los libros. Entre romanos como Corneille y Bossuet, ó galos como La Fontaine ó Molière, él fué griego, pero tímidamente, al modo de un excelente escolar que ha cultivado el jardín del señor Lancelot; sin embargo, conservó del terruño ático ese perfume al que nada supera. Tuvo también como patria á Port-Royal de los Campos, donde aprendió el riguroso método de los Solitarios, para aplicarlo á más risueños asuntos. Pero ante todo tuvo como patria á la Isla de Francia.

Un crítico pregunta si podría uno sospechar que Racine fuese compatriota de La Fontaine. ¡No lo es en manera alguna porque La Ferté sur Ourcq se halla á cien leguas de Château-Thierry! No hay nada que se parezca menos que el Valois y la Champaña, á no ser el trágico y el fabulista. Éste seguramente no niega la pinta, es verdaderamente de mi país. Pero vuestro Racine lo es también del suyo, país no de abrasadas laderas, sino de sencillos horizontes y de murmurantes frondas; no de generosos viñedos, sino de hermosas fuentes canalizadas para llegar sin rodeos y sin pérdida á su término, que son estanques que están aguardando á los cisnes. ¡Cómo parece, en efecto, haberse ido acumulando aquí aquel manantial de poesía límpida y regular como las aguas que bajan de la colina de los Effontaineux! Ambos pertenecen á la mejor sangre francesa, pero el vuestro, señores, es propiamente, como hubiera dicho Ronsard, de sangre valesiana.

Otros guardarán su tumba y lo que, al cabo de dos siglos, puede quedar en un féretro de un tesorero general de Francia, es decir algunos huesos sueltos y un par de espuelas doradas: su alma encantadora se halla entre vosotros.

Esta página como se ve es linda y valía la pena de ser conocida.

Al día siguiente de su nacimiento fué bautizado Racine, siendo sus padrinos María Desmoulins, su abuela paterna, y Pedro Sconín, su abuelo materno, y recibió, como sus antepasados, el nombre de Juan. Juana Sconín murió en el mes de enero de 1641 al dar á luz á una niña que fué bautizada con el nombre de María Racine.

El 4 de noviembre de 1642, casóse su marido en segundas nupcias con Magdalena Vol, hija de un notario de La Ferté-Milón, y murió á los tres meses no dejando más que deudas; la joven viuda renunció á la herencia y á partir de entonces fué una extraña para los hijos. Pedro Sconín se encargó de la huérfana y el niño fué recogido por el abuelo paterno, Juan Racine, y María Desmoulins veló por su infancia con la más tierna solicitud¹.

Habiendo muerto el abuelo, Juan Racine, en 1649, retiróse María Desmoulins poco después al monasterio de Port-Royal de los Campos, donde eran religiosas su hija Inés y dos de sus hermanas. Racine, que entonces tenía unos diez años, fué enviado al colegio de Beauvais, cuyo obispo Choart de Buzenval se hallaba en relaciones seguidas con los que se llamaban los Solitarios. Era entonces la época de la Fronda, y las discordias civiles que agitaban á la sazón á París hallaban eco en las provincias y sembraban la perturbación hasta en los colegios. En Beauvais, como en otras partes, los escolares se dividían en dos campos, frondistas ó mazarinos, y á veces llegaban á las manos. En una de aquellas peleas recibió Racine en la frente una pedrada que le hizo una herida cuya cicatriz conservó toda la vida. El director, orgulloso de él, le mostraba celebrando su valor.

Salió Racine del colegio de Beauvais el primero de octubre de 1655, para entrar en Port-Royal, y fué admitido á pesar de su juventud en la escuela dirigida por Lancelot y Nicole, uno de cuyos discípulos era el duque de Chevreuse, más tarde duque de Luynes. Ambos jóvenes contrajeron una amistad que debía durar hasta la muerte.

Cuando la dispersión de las escuelas, en 1656, Racine á causa de sus lazos de familia, quedó solo en Port-Royal hasta 1658.

Los tres años que allí pasó fueron decisivos para él. La soledad en que vivía, lejos de los compañeros de su edad, le hizo fijar sus miradas en la naturaleza y le inspiró una sensibilidad exquisita, mientras que las lecciones de aquellos maestros incomparables favorecían, regulándolo, el desarrollo de su feliz genio. De Nicole, espíritu juicioso y metódico

1. Compárese, según ya he hecho observar, la prolija atención que los historiadores franceses, verdaderamente patriotas, consagran á la historia personal de sus autores con la desidia y abandono que se observan entre nosotros. Afortunadamente, gracias á los nunca bastante alabados trabajos de Ménendez Pelayo, Rodríguez Marín y otros incansables y eruditos exploradores de nuestros vastos dominios literarios, van saliendo á luz ignoradas riquezas.

que le enseñaba las humanidades, recibió las primeras nociones de aquel arte difícil, la composición, en que no tuvo rival. Lancelot, el célebre helenista, le inspiró los principios del gusto y del saber antiguos así como la afición á los poetas griegos, sobre todo á Sófocles y á Eurípides, que estudió toda su vida con pasión. Desde aquella época empezó á traducir á Diógenes Laercio, á Filón y á Eusebio; anotaba á Homero y á Píndaro, y aun á veces se permitía lecturas prohibidas. Habíase procurado un día una novela de Heliodoro, los *Amores de Teágenes y Cariclea*, y la devoraba en secreto, cuando le sorprendió Lancelot, le arrancó el libro y lo echó al fuego. Corrió la misma suerte un segundo ejemplar. Entonces Racine compró un tercero, se lo aprendió de memoria en el texto original y se lo llevó á su maestro diciéndole: — « Podéis quemar también este como los otros. » El Sr. Lemaistre, que le quería como á un hijo y no había olvidado sus éxitos personales en el foro, quiso hacer de él un abogado. Á sus ojos, cuando no se era Solitario, la más brillante profesión del mundo era la de orador. Enseñó á su discípulo el arte del desarrollo y de la elegancia del estilo con un comentario vivo y caluroso de los más hermosos trozos de elocuencia y poesía antiguas. Cuando le obligó á abandonar á Port-Royal una orden de destierro, en 1656, le reemplazó el Sr. Hamón.

Á esta época próximamente corresponde el primer ensayo literario de Racine, una elegía latina, *Ad Christum*, acerca de las desdichas de Israel, de la que seguramente se acordó más tarde en los coros de *Ester*. Compuso en francés siete odas sobre Port-Royal, alabando los edificios, el sitio, los bosques y los estanques. El estilo es aún débil é indeciso, pero ya se notan la inspiración y el sentimiento verdadero de la naturaleza. Su traducción en verso francés de los Himnos del Breviario data también de aquella época, pero la retocó más tarde.

Salió de Port-Royal en el mes de octubre de 1658 y fué al colegio de Harcourt en París, á estudiar la lógica. Acabados sus estudios entró en casa del duque de Luynes, cuyo intendente era Nicolás Vitart, su primo, antiguo alumno de Lancelot. Las funciones de inspector que desempeñaba bajo la indulgente dirección de su pariente le dejaba tiempo bastante para entregarse á sus aficiones literarias y ejercitarse en la poesía. Esmaltaba con versos sus cartas al abate Le Vasseur, su amigo, compuso un soneto lleno de irónicas alusiones para celebrar el nacimiento del hijo de Vitart, y dirigió otro al cardenal Mazarino acerca de la paz de los Pirineos. La primera pieza que le dió á conocer fuera del círculo de sus familiares fué la oda titulada la *Ninfa del Sena*, que escribió con ocasión del matrimonio del Rey. No era una obra maestra ni debía serlo nunca, á pesar de las correcciones que hizo en ella Racine, estando ya en la madurez de su talento. Abundaban demasiado en ella los amores, los astros y los soles, pero había también muchas estrofas de buena fac-

tura, y sus mismos defectos, que eran los de la época, contribuyeron á su éxito. Chapelain y Perrault, á los que había comunicado Vitart la obra de su primo, se mostraron muy satisfechos y dirigieron al joven autor muy notables críticas indicándole algunos cambios. Chapelain quiso que se lo presentaran, le cobró gran afecto y valiéndose del crédito que disfrutaba acerca de Colbert, logró para él una gratificación de cien luises.

Racine se sentía atraído hacia el teatro, por aquella misma época, y componía una pieza titulada *Amasia*. Los cómicos del Marais la aceptaron en un principio, pero volvieron sobre su acuerdo y no quisieron representarla. Al año siguiente alentado y aconsejado por la Srta. de Beauchâteau, cómica del hotel de Borgoña, trabajó en una tragedia sobre los Amores de Ovidio, pero no la terminó.

No le absorbía por completo la poesía, y los austeros principios de su educación no lograron triunfar siempre del ardor de sus veinte años. El abate Le Vasseur, que sólo era abate eclesiástico en cuanto al título, llevaba sus versos á casa de los cómicos y le presentaba á los mismos. De este modo hizo conocimiento con La Fontaine, que le llevaba dieciocho años, pero que era siempre un muchacho, y le acompañaba á la taberna con otro amigo común, Poignant, de la Ferté-Milón, capitán de dragones y calavera. Según su expresión « hacía de lobo con los lobos ». Port-Royal se hallaba desolado. Las piadosas mujeres gemían al ver á aquel niño tan tiernamente amado arriesgarse cada vez más en los senderos del mundo y burlar las esperanzas que les había hecho concebir. El soneto á Mazarino había despertado sus primeras inquietudes; la oda á la Ninfa del Sena y la disipación á que el joven se entregaba bajo la influencia de sus amigos les causaron viva desesperación. Surgían gritos llenos de lágrimas para traerle á buen camino, dirigíanle cartas y más cartas, « excomuniones y más excomuniones », pero el demonio de la poesía resistía á todos los exorcismos. El mismo Racine, con el fondo de malicia que le caracterizaba, respondió con bromas tanto menos excusables cuanto que Port-Royal en aquel momento era víctima de nuevas persecuciones.

Sus parientes maternos no experimentaban menor inquietud, porque la carrera poética les parecía peligrosa para un joven sin fortuna. El mismo Racine pensaba en obtener un empleo serio que le asegurase la existencia y le permitiese pagar las deudas contraídas con su primo Vitart.

Por eso respondió sin repugnancia al llamamiento de Antonio Sconin su tío, vicario general y arcipreste de la catedral de Uzès, que le llamaba á su lado para iniciarle en la teología y tratar de procurarle un beneficio. Abandonó á París hacia fin de octubre de 1661 con gran placer de todos los suyos, tranquilos al verle arrancado de la ciudad de perdición y creyéndole ya en el camino de la salvación y de la fortuna. Acogióle

su tío con bondad y, á pesar de su deseo de que recibiera las sagradas órdenes, no pensó jamás en ejercer sobre él la menor presión. Por esta parte no era necesario en aquella época ser sacerdote para tener parte en las rentas de la Iglesia; bastaba la tonsura. Hallábase Racine dispuesto á recibirla, pero una formalidad olvidada retrasó el asunto durante seis meses y entretanto urdiéronse intrigas monacales por todos lados en torno de Pedro Sconín y paralizaron las buenas intenciones que abrigaba respecto á su sobrino. Éste vagaba, soñaba, escribía, y confiaba á sus correspondientes, en encantadoras cartas, sus impresiones de poeta:

Los más hermosos días que nos procura la primavera no valen tanto como los que el invierno nos procura aquí, y jamás nos parece tan agradable el mes de mayo como lo es aquí el mes de enero.

Pasado algún tiempo de lucha, hubo que renunciar á toda esperanza, y Racine volvió á tomar el camino de París hacia fines de 1662, sin tonsura y sin beneficio.

Poco después de su regreso escribió una oda sobre la convalecencia del Rey cuya vida había puesto en peligro el sarampión. El Rey le correspondió con una gratificación de seicentas libras, y el poeta expresó su agradecimiento al año siguiente en una segunda oda, la *Fama* que le valió la protección del duque de Saint-Aignan y la amistad de Boileau. Este último, que le llevaba tres años á Racine, empezaba ya su lucha en favor del gusto y del buen sentido. Habiéndole presentado Le Vasseur la *Oda á la fama*, hizo su crítica y llenó con sus observaciones « una larga y hermosa carta » que fué entregada á Racine. Éste, á quien llamaron mucho la atención las observaciones de Boileau, concibió hacia el autor una viva estima que, desde sus primeras entrevistas, se tornó profunda y sólida amistad.

La *Tebaida* ó los *Hermanos Enemigos*, tragedia empezada en Uzès, fué terminada á fines de 1663 y representada por la compañía de Molière, el 26 de junio de 1664. Notable por la pureza del estilo y por su noble elegancia, esta obra es mediana desde el punto de vista dramático. Se echa de ver demasiado la imitación de Corneille y de Séneca; los caracteres carecen de naturalidad y de medida, y el amor, en medio de los horrores acumulados en la pieza, está completamente fuera de su lugar.

Ya conocía Racine á Molière antes de confiarle su obra, pero sus relaciones se hicieron más estrechas y entonces fué cuando se formó entre los cuatro poetas ilustres Racine, Boileau, Molière y La Fontaine, una intimidad encantadora. Boileau ayudó á su amigo con sus consejos, con sus excitaciones, y le enseñó, con el arte « de la rima », á hacer difícilmente versos fáciles. Reuníanse ya en casa de Boileau, calle del Colombier, ya en alguna taberna de moda, como el *Carnero Blanco*, donde nacie-

ron los *Pleiteantes* y el *Capellán Destocado*; en la *Piña* ó en la *Cruz de Lorena*. También se reunían en Versalles en medio de los jardines, y así nos los muestra La Fontaine, al principio de su novela *Psiquis*, de que ya hemos hablado, sin que « tuviesen eco entre ellos ni la envidia, ni la malignidad ni la cábala ».

Este delicioso acuerdo duró poco, porque la tragedia de *Alejandro* produjo una ruptura entre Racine y Molière. Habiendo representado la compañía de éste dicha obra el 4 de diciembre de 1663, Racine, descontento de la interpretación, la llevó en secreto al hotel de Borgoña donde fué representada quince días más tarde. Además le quitó á Molière á su mejor actriz, la Srta. Duparc, cuya muerte debía implícitamente más tarde en el desdichado asunto de los Venenos y de la Brinvilliers; la hizo entrar en la compañía rival. Este procedimiento poco delicado molestó al gran cómico y desde entonces dejaron de tratarse, conservándose sin embargo mutua estima.

Alejandro obtuvo un verdadero éxito. Inferior á la *Tebaida*, desde el punto de vista del plan, era muy superior á la misma por el desarrollo de las escenas y la precisión del estilo en que se echaba de ver todavía la imitación de Corneille. Sin embargo, este último, consultado por Racine, no había reconocido en él un discípulo y le había aconsejado que renunciase al teatro. Dió permiso el Rey para que se le dedicase la obra, Condé la aplaudió y Saint-Evremond, á pesar de ser corneliano, escribía acerca de ella: « Desde que he leído el gran *Alejandro* me inspira menos alarma la vejez de Corneille ».

Por esta época tuvo lugar, en la vida de Racine, un episodio doloroso, su disputa con Port-Royal. Desmarets de Saint-Sorlin, uno de los cinco autores del cardenal de Richelieu se había vuelto loco mientras componía su poema de *Clodoveo*, pretendiendo hallarse inspirado por Dios. Su locura se cebó en los jansenistas á quienes calumnió en una obra extravagante, *Aviso del Espíritu Santo al Rey*.

Nicole se propuso refutarla en una serie de cartas que intituló con agudeza los *Visionarios*, nombre de una antigua comedia de Saint-Sorlin. En una de dichas cartas cometió el error de generalizar demasiado el debate y trató á los poetas dramáticos « de envenenadores públicos ». Racine, importunado desde hacía largo tiempo por las severas amonestaciones de Port-Royal, profundamente herido por una reciente carta de la madre Inés, su tía, que se negaba á recibirle si no renunciaba al teatro, se creyó aludido en este pasaje y no pudo contener la irascibilidad de su carácter. En una carta llena de malicia y de fuego, incisiva como una *Provincial*, se burló de los Solitarios con sangrienta ironía, sacando á relucir sin compasión los pequeños defectos y ridiculeces que había sorprendido en ellos, sin perdonar á nadie ni nada y burlándose hasta de los muertos, como el Sr. Lemaistre y la Madre Angélica

Arnauld. Dos amigos de Port-Royal se encargaron de contestarle y le echaron amargamente en cara su ingratitud. Racine, fuera de quicio, escribió una segunda carta más despiadada aún que la primera, é iba á publicarla cuando Boileau le detuvo diciéndole: « Eso está muy lindamente escrito, pero no tenéis en cuenta que escribís contra la gente más honrada del mundo¹. »

Maravilla semejante arrebato en un escritor cuyas obras revelan más bien un alma tierna y sensible. Pero este hombre sensible tenía el ingenio cruel y le faltaba muy poco para ser malo. Su misma sensibilidad le hacía más temible, revelándole la de los demás y los puntos en que podía causar más dolorosas heridas.

Andrómaca, representada en noviembre de 1667, obtuvo un éxito comparable al del *Cid* y excedió, aun á juicio de los amigos de Racine, todas las esperanzas que habían hecho concebir sus primeros ensayos.

Inauguró, dice Sainte-Beuve, una nueva era dramática comparable con la que habían formado el *Cid*, *Horacio*, *Cinna* y *Poliuto*. Era algo menos brillante y menos heroico y arrebataador, pero igualmente bello y apasionado, aunque más sostenido, más proporcionado en todas sus partes, más armonioso y más lleno de naturalidad en cuanto á la nobleza y elevación; algo que debía desarrollarse sin fatiga y sin toques violentos, subiendo de grado en grado sin tropezar ni caer hasta el coronamiento supremo que, sin salir de los límites de la elegancia continua, debía llegar también á cierto género de sublimidad.

No faltó sin embargo quien protestara contra el entusiasmo general. Un comediante, Subligny, hizo una crítica de la obra, en forma de comedia, la *Disputa Loca* que fué representada por la compañía de Molière, y Saint-Evremond, no atreviéndose á atacarla abiertamente, decía:

Se parece á las cosas buenas, y casi no le falta nada para tener cierta grandeza.

Condé censuraba el personaje de Pirro por demasiado violento; otros le acusaban de poco honrado por haber faltado á la palabra dada á Hermione. Racine se aprovechó de estas críticas para corregir en la segunda edición de su pieza algunas negligencias.

En 1668, apareció la comedia de los *Litigantes* nacida de un gracioso incidente. Algún tiempo antes de *Andrómaca*, había sido nombrado Racine prior del Epinay. Pero apenas obtenido el beneficio, se lo disputó un regular, so pretexto de que dicho priorato no podía ser poseído por un seglar. Hubo que pleitear y, al fin, cansado de correr tras jueces y abogados, el poeta renunció á sus preten-

1. Véase *El Diario de una pensionista de Port Royal*, por Marcel Dhanis, reconstitución histórica muy hábil y curiosa de las costumbres y enseñanzas, de las persecuciones y otras vicisitudes del célebre convento de Port Royal. (N. del T.)

siones y se vengó de sus enemigos sacándolos sin piedad á la vergüenza en una comedia y satirizando por carambola á Corneille. Era la época en que el autor frecuentaba con sus amigos las taberna del *Carnero Blanco*. Conociendo éstos sus intenciones se apresuraron á secundarle. Un consejero del Parlamento le enseñó la tecnología curialesca; Boileau le sugirió la idea de la escena entre Chicaneau y la Condesa; por último, la defensa del Intimé era una parodia de un discurso de un abogado de la época. La obra no tuvo éxito en un principio y sólo se representó dos veces en París. Un mes más tarde, los comediantes, llamados á Versailles, se arriesgaron á representarla en presencia del Rey á quien hizo reír á carcajadas. Encantados de éxito tan inesperado los cómicos volvieron por la noche á París, y corrieron en carroza á llamar á la puerta de Racine para anunciarle la noticia. El escándalo que hicieron, el ruido de las carrozas á hora semejante y en una calle solitaria despertaron á toda la vecindad y, como ciertos miembros del Parlamento habían hecho una gran campaña contra la comedia, todo el mundo se figuró que iban á prender al autor.

Británico, representado en el mes de diciembre de 1669, triunfó aunque no sin trabajo. Una cábala implacable formada por todas las medianías envidiosas y por los ciegos partidarios de Corneille y del teatro antiguo se había encarnizado contra Racine desde sus primeros éxitos y le perseguía sin descanso. Llenaba el teatro en las primeras representaciones, que perturbaba con sus ruidosas manifestaciones de protesta. Por otra parte, la obra era demasiado profunda para ser comprendida por el vulgo. Una vez más el buen gusto del Rey protestó contra el extravío de la multitud; aprobó sin rebozo á *Británico* y, aplicándose á sí mismo, si hemos de dar crédito á Boileau, algunos versos de Narciso, sacó de ellos una lección de dignidad.

El capricho de una joven princesa, Enriqueta de Inglaterra, duquesa de Orleáns, puso en pugna á Racine y al anciano Corneille imponiéndoles á ambos el mismo asunto de *Berenice*. La lucha era desigual; la edad había debilitado el genio de Corneille mientras que Racine se hallaba en toda la fuerza de la juventud y del talento. Ambas piezas fueron representadas en la misma época hacia fines de 1672 y el voto público se declaró á favor de Racine.

Con *Bayaceto*, cuyo éxito tuvo lugar en los últimos días de 1672, introducía Racine en la escena la historia contemporánea, tentativa bastante rara hasta entonces entre los poetas dramáticos¹. Verdad es que la lejanía y las escasas nociones que el público poseía acerca del

1. No lo era ciertamente entre los dramáticos españoles. Recuérdense entre otras obras: *El Alcalde de Zalamea*, *Fuente Ovejuna*, *Amar después de la muerte*, *El Cisma de Inglaterra*, *El Principe Constante*, *El sitio de Breda*, *El Postrer duelo de España*, *Rey valiente y Indiciero*, *La Niña de Plata*, etc., etc., en que se refieren episodios históricos. (N. del T.)

imperio turco y de sus habitantes dejaban el campo libre á la fantasía del poeta. Aprovechóse de ello para disponer los acontecimientos según su capricho y cambiar los nombres demasiado difíciles para la versificación francesa. Constantinopla se convirtió en Bizancio, y Bagdad se llamó Babilonia sin que á nadie le chocara. Corneille pretendía que los personajes, á pesar de sus trajes turcos, tenían sentimientos demasiado franceses, pero su voz no halló eco. El público aplaudía en esta obra una pintura calurosa de la pasión.

La tragedia de *Mitridates*, en 1673, acabó con todas las antiguas preocupaciones y parece haber sido, con *Ifigenia*, la menos discutida de las obras de Racine. Sólo Barbier d'Aucour, en una sátira insípida, dirigió contra ella algunos retruécanos poco felices.

Racine tuvo la suerte de hallar intérpretes de acuerdo con el género de sus obras. Es raro que un autor dramático no deba parte de su éxito á un comediante ó comedianta que parecen expresamente nacidos para representar lo que él escribe¹.

Merece mención especial, á este respecto, la que fué su intérprete y amiga, la famosa actriz, la Champmeslé (1641-1698), que agregó á sus tragedias la resplandeciente aureola de su talento y de sus triunfos. En 1676, dirigiale La Fontaine esta linda carta, que asocia los dos nombres y las dos glorias :

Estoy en Chaury, señorita, y ya debéis suponer si debo pensar en vos, pues no me sería posible olvidaros ni aun en medio de la corte más brillante. El señor Racine había prometido escribirme, ¿ por qué no lo ha hecho ? Seguramente me hubiera hablado de vos, pues no hay nada que él anteponga á vuestra encantadora persona.

¿ Cuánta razón tenfais, señorita, al decir que el fastidio se apoderaría de mí antes de que perdiese de vista los campanarios del gran pueblo !

Nada me causa impresión, ni bosques, ni campos, ni arroyos, ni aun las ninfas de los prados.

¿ Tendríais la bondad de invitar al señor Racine á que me escriba ? Os aseguro que haríais una obra piadosa. Espero que me hablará de vuestros triunfos y estoy seguro de que no faltará materia.

La Srta. Champmeslé era hermosa, ingeniosa, amable y cariñosa, según se desprende de los testimonios de La Fontaine, de Racine, del conde de Clermont Tonnerre y de otros.

El 12 de febrero de 1673, abrió sus puertas la Academia francesa á Racine que reemplazó á la Motte le Vayer y fué recibido el mismo día que Fléchier y el abate le Gallois. Habló primero Fléchier y su talento oratorio le conquistó todos los aplausos. Tomó en seguida la palabra

1. En apoyo de esta opinión podemos citar, entre otros, el ejemplo del famoso actor, Rafael Calvo, al que debieron no escasa parte de su éxito los dramas románticos de Echegaray. (N. del T.)

Racine pero, intimidado, no hizo más que balbucir, en voz tan baja que nadie pudo oírle. Avergonzado por este fracaso, no consintió jamás en imprimir su discurso. Más tarde tomó un brillante desquite, en 1678, en la recepción del abate Colbert, y en 1685, en la de Tomás Corneille, en la que celebró con elocuencia, á la vez admirable y generosa, la gloria del viejo Corneille. El 27 de octubre del mismo año, Racine, « abogado del Parlamento », obtuvo el cargo de tesorero de Francia en Moulins, lo cual le permitía tomar el título de caballero. Aquella función constituía un verdadero favor, pues el rey le dispensó de la residencia.

Ifigenia, representada en primer lugar en Versalles en presencia del rey y de la corte, el 13 de agosto de 1674, y algunos días más tarde, en el hotel de Borgoña, excitó la admiración general: « Jamás se vió obra nueva, dice un contemporáneo, que se mantuviese más largo tiempo en los carteles ni que hiciese correr más lágrimas. » Sin embargo surgió un rival. Un académico, Miguel Le Clerc, en otro tiempo mediano autor dramático, sintió despertarse su inspiración juvenil y, de acuerdo con su amigo Coras, quiso tratar á su modo el tema de *Ifigenia*; pero su pieza, representada en mayo de 1675, no tuvo más que cinco representaciones y nadie se acordaría de ella, á no ser por el epigrama que le consagró Racine :

Entre Le Clerc et son ami Coras,
Tous deux auteurs rimant de compagnie,
N'a pas longtemps sourdirent grands débats
Sur le propos de leur *Iphigénie*.
Coras lui dit : « La pièce est de mon cru. »
Le Clerc répond : « Elle est mienne et non vôtre ! »
Mais aussitôt que la pièce a paru,
Plus n'ont voulu l'avoir fait l'un ni l'autre¹.

Racine sobresalió en el epigrama. Tenía la epidermis delicada y quisquillosa y sus réplicas eran vivas, duras y despiadadas.

1. Lecler y Coras, amigos
Que riman en connivencia
Disputaron no hace mucho
Acerca de su *Ifigenia*.
Ambos, de ser sus autores,
Á voz en grito alardean ;
Mas, después de su fracaso,
Ambos de la obra reniegan.

Recuérdese, á este propósito, la linda fábula de Iriarte *la Música de los Animales*, sobre la colaboración literaria, que termina con estos versos :

Cada cual quiere la gloria,
Si es bueno el libro ó mediano ;
Y los compañeros tienen
La culpa, si sale malo.

(N. del T.)